

Samuel Vázquez
Josema Vallejo

DON'T FUCK THE POLICE

Un modelo policial que protege al poder
y no a los ciudadanos

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> . La delgada línea azul (por Samuel Vázquez)	13
1. PERDIENDO LA GUERRA	19
El policía, un ciudadano más	21
Muertos incómodos	24
Allí donde el mal impera	26
Las invisibles cadenas del gueto	30
La degradación es el preludio	32
La magia progresista	34
Pascal y Chloë	39
La hora de los estúpidos	41
Miradas a La Meca	44
Ahora le toca a España	48
2. CORTIJOS Y CACIQUES	51
Menos crímenes, más muertes	53
Un modelo obsoleto	55
Un gran trampantojo	59
Muchos jefes y pocos responsables	62
Tú pagas	65
Atomizados y descoordinados	68
El caso Nieto	69
El caso de la masacre de Barcelona	71

El caso del 11-M	73
Una declaración para la historia	77
Incompetencia recompensada	79
Teoría de la cuerda	81
Más historias ejemplares	83
Un ejemplo esclarecedor	85
3. EL NEGOCIO DE LA MAFIA	89
El primo eres tú	89
El truco cuantitativo	91
Ignorando a Robert Peel	95
Y el avestruz acabó muerto	98
El crimen que no se denuncia no existe	101
No en mi turno	105
Cuestión de prioridades	108
«Sostenibilidad» y otros palabros	109
Edu, el héroe que no debió morir	111
El fracaso de una ley ideológica	115
La «mordaza» cambia de bando	120
Las cámaras de pecho	122
A Europa le importaba muy poco	125
El engaño del 15-M	127
Todo para el malhechor disfrazado de «vulnerable»	130
4. LECCIONES NO APRENDIDAS	133
La muerte de Brian	133
La reforma de Nueva York	137
El experimento de Zimbardo	139
El problema no son los mosquitos, sino el pantano	142
La revolución del <i>Compstat</i>	144
Los cuatro pasos de Maple	148
5. PODER Y OBEDIENCIA	155
Dos inquietantes experimentos	156
La pesadilla de Vancouver	159

La obediencia debida	162
La involuntaria confesión de un general	165
El poder recurre a la ultraizquierda	168
Una mayoría crédula	170
Esclavos sistémicos	174
La proporcionalidad y los juristas de salón	178
Tres reacciones humanas elementales	182
Demostración a la americana	186
Dos cambios imprescindibles: de mentalidad y de mandos ...	190
6. FUCK THE POLICE	193
No hay partes del cuerpo no vitales	195
Y la protesta cesó por arte de magia	198
El factor religioso	200
El caso de Rodney King	202
Lo que hay detrás de todo eso	208
Racismo «institucional» y otros racismos	213
La niña negra a la que mató una coreana	215
Anarquía en Capitol Hill	220
Black Lives Matter	224
El nuevo BLM: Blue Lives Matter	228
Un paso más: Defund The Police	232
Ovejas, lobos y perros pastores. La historia de Darrel Wilson	236
Dispuestos a creer cualquier cosa	239
El mito de Puig Antich	243
Por qué no quieren que grabemos	245
Las andanzas de Rodrigo Lanza	248
El drama de San Cristóbal	252
Juan Cadenas	254
7. EL OCASO DE UNA CIVILIZACIÓN	257
Los gatitos y el leopardo	257
El principio del fin	259
Queda poco tiempo, necesitamos un despertar	264
Emerge un aterrador mundo nuevo	269

El crimen a doscientos por hora	271
Graduados en delincuencia	273
La exclusión es la excusa, no la causa	275
Policías transformados en militares en campaña	277
El efecto Lucifer	279
<i>Epílogo. ¿Quiere usted opinión o afirmación? (por Josema Vallejo) ...</i>	285
El ciudadano quiere que no sea necesario llamar a la Policía	287
Nuestro público no es el ciudadano, es el delincuente	288
Primero el cuerpo. El empleo es secundario	291
Dos episodios, dos decepciones	294
Mi encuentro con Samuel	302

Prólogo

LA DELGADA LÍNEA AZUL

En el año 2018 participé como ponente en la Comisión de Interior que pretendía reformar nuestro modelo policial para adaptarlo al siglo XXI. Allí advertí a los diputados de la Cámara que España no estaba preparada para afrontar la nueva realidad delincriminal que ya se había impuesto en parte de Europa y que esta nueva realidad iba a convertir nuestros barrios en zonas de confort criminal que condicionarían, en un futuro muy cercano, la vida de nuestros hijos.

Desde la perspectiva de la ciencia policial y habiendo analizado escenarios como los de Francia, Bélgica o Suecia, les expliqué de manera gráfica que no teníamos un escudo como el del Capitán América protegiéndonos en los Pirineos y, por lo tanto, lo que había sucedido en Marsella, Bruselas o Estocolmo también ocurriría aquí.

También les anuncié que, por motivos relacionados con las políticas municipales de permisividad con la delincuencia de baja intensidad, en cuanto esta escalara hacia formas más sofisticadas y activas, como siempre ocurre, Barcelona sería la primera ciudad sin ley.

La primera respuesta que recibí de la diputada del Partido Popular —entonces en el gobierno— María del Carmen Hernández Bento fue: «No le puedo admitir ese discurso», a lo que siguió un mitin de quince minutos en el que una profesora de matemáticas que llevaba casi veinte años en política me explicaba a mí cuál era nuestro modelo policial. Me fui a casa con una sensación de frustración difícil de gestionar para una persona que lleva casi dos décadas de experiencia profesional sobre el terreno y ha dedicado miles de horas al estudio de la criminología, la ciencia policial

y los diferentes modelos de seguridad.

La realidad, hoy, es que somos el segundo país de Europa en el *ranking* de robos con violencia e intimidación según Eurostat,¹ las agresiones sexuales se multiplican año tras año y han aparecido nuevos tipos delincuenciales que, hasta hace poco tiempo, eran solo conocidos por los que nos dedicamos a estas materias, como la técnica del mataleón² en los robos con violencia, los secuestros exprés³ o las violaciones en manada.

El país en el que hasta hace tan solo cuarenta años, sobre todo en las zonas rurales, se vivía con las puertas de las casas abiertas, es hoy el cuarto del mundo con más alarmas y cámaras domésticas de vigilancia. Los crímenes atroces que hace un par de décadas ocupaban miles de horas de televisión apenas dejan huella hoy durante un par de días ante la continua sucesión de hechos delictivos de extrema gravedad, cada uno más espeluznante que el anterior.

Como pronostiqué, Barcelona es ya una ciudad degradada por la delincuencia que consiente e incluso favorece la insurgencia de baja intensidad por intereses políticos. Ciertas zonas del levante y sur de España son paraísos para las estructuras del crimen organizado, y en el resto de las grandes capitales la delincuencia comienza a aumentar de forma preocupante ante la pasividad de muchos de sus regidores, que prefieren ver cómo todo se hunde antes que comprometer su mensaje de que «todo va bien».

En la sede de la soberanía nacional avisé de lo que estaba por llegar si no hacían nada, y eso es exactamente lo que hicieron: nada. El desdén político tiene consecuencias. El barrio en el que creciste ya no será el barrio de tus hijos.

Debemos entender que no hay escenarios intermedios entre el orden y el caos. El orden nunca es perfecto, el mal existe y los criminales también, pero dentro del orden las posibilidades de victimización son más escasas. Una vez superada la delgada línea azul, solo hay caos. Las bandas

¹ Oficina Europea de Estadística. Últimos datos de 2019.

² Técnica de estrangulamiento que produce en segundos pérdida de consciencia a la víctima y facilita el robo.

³ Secuestro de corta duración, a veces incluso virtual, con el fin de obtener cantidades relativamente reducidas, pero de forma rápida, en efectivo o en criptomonedas, que la familia debe conseguir.

criminales establecen territorios que son la antesala de las zonas *no-go*, escupiéndonos a la cara una realidad: la libertad tal y como la conocimos ya no existe, es una quimera.

La inacción de los partidos que nos han gobernado en los últimos cuarenta años, más preocupados por proteger sus intereses que los de los ciudadanos, ha impedido cualquier intento de transformación del modelo policial, entre otras cosas porque el que hay es ideal para servir a sus discursos.

Si el ciudadano medio supiera en manos de quién está y conociera la realidad de lo que sucede a su alrededor, sentiría pánico; de ahí que se dedique tanto dinero, tiempo y esfuerzo a convencerle de que está seguro, no a darle seguridad. Estadísticas y propaganda; los dos grandes pilares, como titanes mitológicos, que sostienen las bases de nuestro sistema. Pueden llegar a convencerte de que la delincuencia desciende manejando una serie de canales de propaganda y unos índices de criminalidad que son un insulto a la inteligencia, diseñados por el poder político únicamente para sostener y dar cobertura a su posición hegemónica.

Josema Vallejo y un servidor trataremos de contar en este ensayo algunas cosas importantes que el ciudadano desconoce acerca de nuestro modelo policial y sobre la seguridad en nuestras calles.

Josema peregrinaba por el mismo camino empedrado que yo cuando le conocí, e intentaba llegar al mismo destino: cambiar las cosas. Es algo que en este país tiene mucho coste y muy poca recompensa. Josema era otro *outsider*, pero del cuerpo hermano, la Guardia Civil. Sus conocimientos de ciencia policial, complementados con su experiencia como trabajador social y sus vivencias en la Francia de los años noventa —testigo privilegiado de cómo todo se derrumbaba—, además de su trabajo incansable para intentar explicar la verdad a la sociedad, nos han unido en este proyecto donde intentaremos que tú, querido lector, entiendas que el mundo en el que solíamos vivir ya no se parece en nada al que está por llegar. Que la civilización más libre y próspera que ha conocido la humanidad está herida de muerte; o que los soldados que habían jurado protegerla han sido desarmados legal y moralmente por los que se hacen llamar a sí mismos padres de la patria y representantes del pueblo. El enemigo también está dentro de casa.

La primera vez que entré en contacto con otro modelo policial fue

en el año 2002, precisamente en París, mientras preparaba la oposición. Allí me reuní con Pierre, un policía que llevaba veinte años de patrulla por las calles de la capital francesa grabados en su rostro; pelo grasiento, barba de dos días y fumador empedernido. Un policía de la vieja escuela.

—Samú —me decía poniendo el acento en la u—, la ciudad está perdida, la gente no lo sabe, pero es cuestión de muy pocos años. Hemos perdido el control y a nadie le importa. Los que toman las decisiones viven en burbujas de cristal sin ningún contacto con la vida real en la calle, nuestros mandos son oficinistas al servicio del político de turno y lo peor es que da igual quién sea el político de turno... son todos iguales. Se están creando guetos por toda la periferia, dentro de nada todo París será un enorme gueto con las zonas turísticas como zonas de exclusión militarizadas.

Casi se le humedecían los ojos al hablar, eran las palabras de alguien a quien le importaba París, la ciudad donde nació y creció. Alguien que se preocupaba por sus vecinos, a los que llevaba veinte años protegiendo.

Hoy, veinte años después, los guetos han rodeado París y el centro turístico está militarizado. Pierre no era un genio ni un adivino, pero no se equivocó en nada. Era, eso sí, un policía que observaba con ojos de policía y actitud de policía. Probablemente sus jefes pensaron entonces que era un paranoico y un chiflado; hoy seguirán sin enterarse de nada mientras miran en la pantalla de su despacho alguna absurda hoja de Excel.

Yo ya había viajado por primera vez a París en el 98. Hospedado en un hostel de Saint-Denis, bajaba todos los días hasta la basílica para coger la línea 13 y llegar al centro. El ambiente entonces ya daba miedo; reinaba una calma tensa, como si la gente estuviera en permanente vigilancia, consciente de que en cualquier momento algo podía suceder. Y no iba a ser nada bueno.

El barrio donde nos alojábamos todavía no era un gueto, pero había silencios en el aire que gritaban pidiendo auxilio: las miradas de algunas mujeres (sobre todo las más jóvenes), o las de algunos tenderos de la zona, que llevaban allí toda la vida y que fueron los primeros en darse cuenta de que algo iba mal. Grupos de hombres de origen magrebí permanecían todo el día en algunas esquinas, marcando territorio. Su presencia era

intimidatoria, respirar era incómodo y el instinto te invitaba a salir de allí cuanto antes para llegar al París vigilado.

En 2018, durante mi intervención en el Congreso de los Diputados, sentí la misma frustración que Pierre cuando intenté explicar en la Comisión de Interior que España estaba en el mismo punto que Francia hace veinte años, y que solo era una cuestión de tiempo que los ciudadanos descubrieran que nuestro modelo policial estaba agotado.

Muy poca gente sabe que la OTAN lleva desde el año 2015⁴ estudiando posibles escenarios de insurgencia en las urbes occidentales que obligarían a desplegar al ejército de manera habitual.⁵ Hoy, *de facto*, ciudades como París o Bruselas ya tienen presencia militar permanente en sus zonas turísticas y a nadie le extraña lo más mínimo.

La era digital, las nuevas autopistas de la información y el globalismo han transformado el planeta en un periodo de veinticinco años en una dimensión casi equivalente a la que hasta hace muy poco tiempo exigiría tres o cuatro siglos. El crimen ha analizado esta nueva realidad y se ha adaptado a ella, pero, para frustración de miles de policías, la política criminal y las estrategias de seguridad elaboradas por políticos ignorantes permanecen ancladas al siglo pasado.

Estas políticas criminales no solo dejan al policía a los pies de los caballos, y por lo tanto al ciudadano desprotegido, sino que atentan directamente contra la capacidad de este para defenderse a sí mismo. Mientras se escriben estas líneas, un anciano de setenta y ocho años de Ciudad Real pasa las Navidades en la cárcel por defenderse en su propia casa de un asaltante con numerosos antecedentes que portaba una motosierra en sus manos. Siguen mintiendo con el mantra de la proporcionalidad, sin que nadie sea capaz de explicar que, en la defensa de la vida, el cerebro humano se introduce en una tormenta de procesos químicos y neurológicos que hacen aflorar su parte más atávica. Nadie es proporcional en ese escenario. Pero es que, además, a nadie se le debería pedir que lo fuera. No existe proporcionalidad entre el bien y el mal; entre el bien y el mal hay que estar con el bien de manera desproporcionada y el coste de un

⁴ AJP-9, NATO Civil-Military Co-Operation (CIMIC) Doctrine.

⁵ NATO Joint Military Operations in an Urban Environment (Joint Urban Operations).

asalto violento debería asumirlo el asaltante, no quien se defiende. Sea cual sea el resultado de su defensa.

Hemos construido un mundo donde el criminal tiene a su disposición todas las herramientas para delinquir, pero se limitan las que la víctima pudiera tener para enfrentarse a él. Hemos atado a los perros pastores mientras dejábamos sueltas a las ovejas. Los lobos harán el resto del trabajo.

Queremos contarte la verdad sobre un modelo policial destinado a proteger estructuras de poder y no a los ciudadanos, sobre cómo se convierten las políticas de seguridad en enormes negocios que tienen por objetivo controlar el crimen y no acabar con él, para así mantener los presupuestos; sobre cómo se asesina la perspectiva profesional para imponer la política que protege discursos de gobierno pero no personas; sobre cómo los partidos políticos han puesto en peligro nuestra seguridad construyendo un sistema atomizado de cortijos y caciques que solo se protegen a sí mismos, no al pueblo.

La ética no se negocia.

SAMUEL VÁZQUEZ ÁLVAREZ.

Madrid, a 23 de diciembre de 2021

PERDIENDO LA GUERRA

*Nunca hay viento favorable
para el que no sabe a qué puerto se dirige.*

SÉNECA (Cartas, 71, 3)

«**A**ntes, todo esto era campo». No importa cuál sea tu generación ni tu edad, siempre llegará un día en el que podrás decir a tus descendientes que todo ha cambiado y que la sociedad que un día conociste ya te es ajena. En esa expresión hay un punto de nostalgia, aquello de que *cualquier tiempo pasado fue mejor*. Lo cierto es que todo cambia, pero son cambios circulares; nada hay, socialmente hablando, que no haya habido ya.

La delincuencia también era campo, también era sencilla, no decimos inocente ni menos mala, solo más primitiva. Pero aun siendo mucho menos compleja, sí tenía algo en común con la que actualmente convive con nosotros: causaba un enorme desasosiego en la sociedad.

Si retrocedemos en el tiempo, desde que existen los primeros códigos penales o, antes que eso, desde que existe el castigo divino como primera forma de someter a aquellos que son indomables, comprobamos que también existía algo de lo que hoy carecemos: un consenso casi unívoco sobre el bien y el mal. O sea, había un código escrito (la ley) y otro informal (la costumbre), y fuera de ellos pocos se deslizaban voluntariamente, más bien los empujaban. No estamos debatiendo si aquellas normas eran sensatas o buenas, simplemente decimos que eran indiscutibles. Así, las sociedades se dividían a este respecto en dos grupos, los que hacían cumplir la ley y los que debían obedecerla y, dentro de esos dos grupos, ya fuera de vigilantes o vigilados, había una pequeña parte —eso tampoco ha cambiado— que era ingobernable.

Los vigilantes tenían muchas reglas de régimen interno que cumplir y que podían saltarse siempre que no vulneraran el principal precepto de la obediencia debida, y además disponían del monopolio de la violencia (regla que hemos heredado con muchísimos matices), pudiendo ejercerla bien protegidos por el poder, siempre que con ello sostuvieran al cacique de turno. No importaba la clase de abuso si servías a ese fin.

Los vigilados, en cambio, tenían pocas normas que cumplir, pero muy estrictas y sin posibilidad de pleito. Todo el mundo lo tenía claro, si tu comportamiento estaba fuera de lo que el regente o la moral de la época dictaban, estabas perdido. ¿Había justicia? Sí, pero muchísimo más limitada e imperfecta que la de hoy. El agente del orden, entonces sin más formación que la de seguir las órdenes recibidas con fe ciega, era un peón prescindible (eso también pasa hoy) dentro de su estructura jerárquica, pero estaba dotado de un poder casi ilimitado de puertas afuera en una sociedad desconocedora de los pocos derechos que tenía. La única salida posible a tal sometimiento era la fuerza del grupo, la de vencer resistencias a base de luchas contra esos agentes de la ley que representaban la justicia divina en la Tierra o al cetro de oro del hombre poderoso. Contra ellos se dirigieron siempre el odio, el miedo y la rabia del ciudadano, con razón cuando servían a un poder despótico e injusto. Contra ellos, también el poder, porque cuando dejaron de ser útiles y el sistema precisó un cambio, fueron considerados agentes del caos y sustituidos por los guardianes de las leyes nuevas que les persiguieron, represaliaron y eliminaron.

Hoy, en los sistemas democráticos occidentales, los agentes del orden hacen cumplir unas leyes emanadas de parlamentos que representan la voluntad popular, así que ya no se puede hablar del *monopolio de la violencia*, sino del *monopolio de la fuerza* para revertir la violencia de aquellos que no creen en la democracia, la ley ni el orden, y que, la mayor parte de las veces, no representan ya ese perfil romántico de valientes rebeldes indomables, sino que son, simplemente, delincuentes.

No temas, esta no es una lección filosófica sobre el fundamento de la policía, ni siquiera un relato de su historia. Baste con saber que policías ha habido siempre, aunque no tuvieran ese nombre, y que, a pesar de que muchos de estos cuerpos de vigilancia se crearon con vocación y función

altruista, habitualmente han sido utilizados, con total descaro, como instrumentos al servicio del poder político. En un estadio primitivo de la civilización, el policía era un guerrero que protegía la tribu, luego todo se fue degradando. Pocas son las instituciones que sobreviven a las edades del hombre a través de los siglos. Dos son la Iglesia y el Ejército. Siempre hubo un guerrero para defender lo propio y siempre hubo un sacerdote como intermediario para relacionarnos con el más allá.

El policía, un ciudadano más

En la actualidad, la capacidad de la política para utilizar a los vigilantes sigue intacta, pero a diferencia de otros tiempos más oscuros, los agentes de la seguridad pública y privada han crecido y se han formado en un Estado de Derecho en el que los valores constitucionales y los derechos y libertades de los ciudadanos a los que han de proteger deben estar por encima de cualquier otro interés. Cada vez son más los ingobernables o indomables, dentro de los propios cuerpos policiales, que se resisten a su utilización política y quieren cambiar las cosas. El policía ya no es un miembro de la sociedad apartado de ella, sino un ciudadano más, sometido a las mismas estructuras e inercias lógicas de la política y el poder. Como tal, por primera vez, ha dejado de creer que sus superiores policiales y los políticos de los diferentes gobiernos compartan un compromiso similar al juramento del soldado, el policía o el guardia civil, la virtud con sus cuatro brazos: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

No pretendemos hacer de jueces. No venimos a examinar a otros ni a atacarlos —el que así lo sienta, mírese al espejo y reflexione—. Tampoco a refrendar la máxima de que los policías de antaño eran más violentos. Antes la relación con la violencia de nuestras sociedades era muy distinta. El maestro podía pegar un bofetón al alumno y cuando este llegaba a casa, su padre le daba otro para que aprendiera a respetar al maestro. No preguntaba quién tenía razón, solo reforzaba la autoridad indiscutible. Hoy, en un tiempo en el que la pedagogía ha sustituido a la autoridad que ostentaba el maestro por conocimientos y edad, el profesor acabaría expulsado y ante un tribunal de Justicia. No ha cambiado el maestro, ha cambiado la relación

con el alumno. Tampoco lo ha hecho la policía; ha cambiado la sociedad, y la policía no es más que un reflejo de esta.

El avance de la sociedad es el avance de la rebelión, de la contestación a las normas. Primero fue la lucha de los oprimidos contra un pueblo extranjero, después contra la nobleza, luego siguió la lucha contra la burguesía, por fin contra los gobiernos y, siempre, contra los ejércitos o los policías que trataban de defender el orden establecido. La sociedad lucha incansablemente contra el poder que cree que la somete, pero al mismo tiempo queda subyugada cuando obedece determinados mantras y eslóganes diseñados por las élites para guiarla al redil de la vida en comunidad.

«Antes, todo esto era campo». No. Antes, todo esto era lo mismo que ahora.

En la actualidad sufrimos un modelo policial fallido y agotado que, sometido solo al criterio de las órdenes políticas y con un discurso que ya nadie cree, ha conducido a Europa al borde del abismo: delincuencia y cibercrimen, bandas organizadas y terrorismo yihadista. El mal que traspasa la delgada línea azul e impone el caos.

Tras las dos grandes guerras mundiales, y después de superar aquel mundo partido por la mitad que fue la Guerra Fría, cerrando un trágico siglo xx, son los disturbios urbanos, la inseguridad ciudadana y los atentados islamistas algunos de los monstruos a los que nos enfrentamos en el nuevo milenio. Tal vez creas que no es para tanto, o quizás seas de los que piensan que el enemigo está a las puertas y que aún queda tiempo. Nosotros te decimos que ya está dentro y vive muy cerca. Troya ya tiene su caballo, pero a diferencia de aquel engaño mítico que construyeron los aqueos para vencer al adversario, aquí el caballo lo hemos fabricado nosotros.

A Pierre le tachaban de loco en París, y quizá lo estaba... o quizá le volvieron loco; en cualquier caso, era un loco visionario. Nosotros también somos un poco como Pierre. Tú verás lo que haces y a quién crees. Sin duda, nos iría mucho mejor en nuestras profesiones si dijéramos que todo va bien, que somos el país más seguro de Europa, pero no dormiríamos tranquilos. Decide tú a quién quieres hacer caso. No son pocas las veces que hemos escuchado que nuestras afirmaciones son excesivamente alarmistas. Realmente, nos importa poco. Hasta el momento ninguna

de nuestras predicciones (que lejos de ser profecías no son otra cosa que análisis operativos derivados de los conocimientos teóricos y la experiencia empírica) ha dejado de cumplirse.

No solo nos ha traído hasta aquí una política tolerante con el caos y la delincuencia autóctona, sino que la inmigración ilegal masiva ha supuesto un cambio de paradigma criminal en todos los territorios donde ha impactado; aun así, no puedes hablar de ello. No puedes analizar el problema para encontrar soluciones, no puedes plantear estrategias porque inmediatamente te acusarán de racista. Resulta una obviedad decir que los procesos de inmigración controlados (inmigración legal) suponen un gran valor añadido para un país, pero pasan a ser un auténtico problema cuando se desbordan y descontrolan, una vez activadas las redes de inmigración ilegal, tráfico y trata.

Cualquier problema social desbordado en el espacio y en el tiempo, no solo el de la inmigración, acaba convirtiéndose en un problema de seguridad y libertad casi de manera inmediata. Si comunicas a la provincia de Cuenca que este año va a recibir a 120 personas sin techo (11 de ellas en enero, otras ocho en febrero, etc.), Cuenca no tendrá problemas para gestionar el problema. Pero si en el mes de agosto, y de repente, llegan 1.500 sin techo, la provincia tendrá un problema de seguridad y libertad en apenas días. Con la inmigración ilegal desbordada es exactamente igual. No es tanto una cuestión de raza o etnia, como de volumen y capacidad de absorción, en la que influyen la cultura y el arraigo; y en esos dos ítems, tiene mucho que ver el origen. Profundizando en el ejemplo de los sintecho, podemos ver con regularidad en los medios informaciones sobre las personas sin hogar y los recursos que se dedican a ellas y comprobamos que, a pesar de que cada vez son más los voluntarios y las entidades civiles que ofrecen sus esfuerzos, su número no desciende y sus problemas se agravan. ¿Por qué? Tal vez porque se ataca la consecuencia y no la causa. En este país todo funciona así, medicina para los síntomas, sin tratar jamás el origen del mal.

Para poner en contexto parte del problema debemos hablar necesariamente de las experiencias vividas en otras latitudes, en las que también lo vieron venir, pudieron prevenirlo y tampoco hicieron nada. Nuestros vecinos galos, germanos o aquellos tan civilizados del frío norte, sufren

desde hace demasiado tiempo, y debido a esa recepción incontrolada de inmigrantes ilegales, algo que se afanaron más en ocultar que en solucionar: el fenómeno de las llamadas zonas *no-go*, que proliferan en muchas de sus capitales y que, como si de un cáncer se tratara, se están expandiendo por todo el continente, sin que hasta la fecha haya en marcha ninguna iniciativa política seria para atajar lo que será uno de los principales problemas que afrontaremos en las décadas venideras.

Estamos a tiempo de aprender la valiosa lección que el ejemplo de estos países nos proporciona. No hacer nada no es una opción, pero hasta el momento, aquí, en España, ha sido la opción elegida por nuestros cobardes gobernantes, que prefieren diseñar estrategias específicas y crear nuevos grupos policiales *ad hoc* para luchar contra problemas artificiales, como por ejemplo agresiones homófobas inventadas en una de las ciudades más tolerantes del mundo, Madrid, solo porque favorecen a su discurso político, antes que mirar a la cara y poner coto a problemas delincuenciales acreditadamente reales.

En septiembre de 2021, al mismo tiempo que la delincuencia de las bandas latinas y las agresiones sexuales se multiplicaban sin que el ministerio diera respuesta al problema, el ministro del Interior Fernando Grande-Marlaska anunció a bombo y platillo la creación de nuevos grupos especializados en delitos de odio en la Policía Nacional y la Guardia Civil en respuesta a una supuesta agresión homófoba en el barrio de Malasaña en Madrid, aunque ya se tenía conocimiento de que se trataba de una denuncia falsa, como la propia supuesta víctima había confesado.

Muertos incómodos

Meses más tarde, aunque en el mundillo policial se sabía que los compañeros del País Vasco se estaban enfrentando a un más que posible asesino múltiple, y muy probablemente en serie, se trató por todos los medios de ocultar al pueblo español que un criminal de ese tipo estaba matando gays en Bilbao, y posiblemente en otras zonas. La noticia no salió a la luz hasta que el rumor era tan potente que fue imposible acallararlo. Hubo cuatro muertos confirmados y otros cuatro posibles aún sin confirmar. ¿Por qué

esa diferencia de trato mediático? ¿Por qué una agresión homófoba inventada provoca un comunicado del presidente del Gobierno, otro del ministro de Interior y la creación de nuevas estrategias y grupos policiales, pero cuatro asesinatos confirmados y otros cuatro presuntos no?

Pues sencillamente porque la autoría contradice el relato oficialista de que algunas personas serían seres de luz. El presunto autor era homosexual e inmigrante y, precisamente por eso, porque estaba ya identificado y se conocía su origen y condición, era mejor que la noticia se diluyera. Sabemos que matan todos. Matan los hombres heterosexuales, blancos y españoles. Matan las mujeres; las madres y las que no lo son. Matan los negros, los hispanos, los asiáticos... Matan los ricos y los pobres. Y también matan los homosexuales. La diferencia crucial es que hay algunas muertes *menos importantes* o menos oportunas para el aparato de poder.

Ocho homosexuales asesinados no les servían para hacer política, pero un gay de Madrid que se dejó grabar a navaja la palabra «maricón» en el trasero dentro de una relación sexual consentida, y que luego denunció en falso por miedo a perder a su pareja, provocaron un comunicado del mismísimo presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, y la convocatoria urgente de la Comisión contra los Delitos de Odio y varias manifestaciones convocadas por organizaciones LGTBI, todas ellas controladas por la izquierda para que hagan de ariete en el señalamiento del adversario político. Ni la comisión ni las manifestaciones fueron desconvocadas a pesar de que, antes de su celebración, ya se supo que todo era una gran mentira.

Los autores de este libro no somos pioneros en esto de denunciar la hipocresía, otros lo intentaron antes y todos fracasaron. Si quieres que te seamos sinceros, también nosotros creemos que fracasaremos. Nuestra única esperanza eres tú, que formas parte de una ciudadanía harta de medias verdades. La solución solo puede llegar con el masivo apoyo de una población cansada de vivir con miedo, que no se rinda y exija un cambio inmediato en nuestro modelo policial y en la política criminal. Todo aquel compañero policía que, en Bruselas, Copenhague, Estocolmo, Berlín o cualquier otra capital, trató de difundir este mensaje, fue automáticamente tachado de alarmista, conspiranoico o extremista y, como nuestro amigo Pierre (predicando en el desierto del París de los noventa), su destino

fue resignarse a vagar por las calles de la ciudad de sus desvelos haciendo sus horas de patrulla, procurando no meterse en líos y viendo cómo todo se iba a la mierda. En menos de dos décadas no hay un solo patrullero en Europa que no se haya convertido en Pierre.

Allí donde el mal impera

Una zona *no-go* es un espacio urbano al que las autoridades recomiendan no acudir. Los primeros escenarios afectados se correspondían con zonas en las que no había *nada que ver* y que eran desaconsejadas a los turistas; ese fue el pretexto inicial. «Oiga, mejor que no visite estos lugares ya que no tienen nada de interés y, además, puede que le engañen o le roben el reloj si no es usted del barrio».

A priori, solo eran zonas desfavorecidas de la ciudad, luego fueron zonas conflictivas, después hostiles y, hoy, no entran en ella ni los servicios públicos ni la policía.

Aquel «nada que ver» tenía una traducción evidente y no era otra que la de malos políticos escondiendo una nueva realidad delincriminal que les podía afectar electoralmente. Este es justo el momento en el que nos encontramos ahora en España con el ministro de Interior, Grande-Marlaska, manifestando que los índices de criminalidad descienden, o con representantes electos como la diputada Hernández Bento diciéndole a Samuel en el Congreso: «No le puedo aceptar ese discurso».

Nosotros, querido lector, venimos a explicarte que con ese «nada que ver», llegado el momento, esconderán la violación de una manada a tu hija, la rotura de cadera de tu abuela después de ser asaltada en su portal para robarle el bolso, o el asesinato de tu hermano al intentar defenderse en un robo con violencia. Los autores no tendrán nombres ni apellidos, las víctimas solo serán números. Nunca serán ellos los afectados, las élites, protegidos en sus zonas residenciales de lujo por personal de seguridad pública y privada las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año. Seréis tú y tu familia; seremos nosotros y nuestras familias.

En cualquier caso, podemos hablarte de zonas *no-go* y delincuencia, pero tú necesitas saber qué es eso más allá de la retórica. Recordarás que,

hace algo más de una década, la cadena de televisión Cuatro emitió una serie de reportajes llamados *Callejeros*, que tuvieron un éxito sin precedentes al mostrar, por primera vez con total crudeza y realismo, las vidas de ciertas zonas marginales de España en las que, por ejemplo, se ejercía la prostitución o el tráfico de drogas. Durante los últimos años han proliferado en otros tantos canales de televisión las docuseries de temática policial. *Control de carreteras*, *Control de aduanas*, *091: Alerta Policía*, en DMAX, o *Policías en Acción* en Antena 3. Son contenidos de interés para un espectador ávido de conocer una realidad que, hasta hace muy poco, nadie parecía querer enseñarle. A través de ellos, el televidente puede asomarse sin riesgo a un submundo disfuncional que oficialmente no existe. Para muchos, aquellos programas fueron una revelación, el inicio de un cambio de mentalidad, casi de conversión. «¿Esto también ocurre en España?», nos han preguntado muchas veces. Sí, ocurre y, aun así, lo realmente crudo y escabroso sigue oculto al público en general. Antes de emitirse, cada uno de esos programas pasa por el filtro de la jefatura correspondiente del cuerpo policial que aparezca en las imágenes. Así que sueles ver cosas bonitas, policías haciendo *cosas chulísimas* y productores y jefes de prensa policiales *comunicándolas bien*. La auténtica basura, esas historias que se graban en el cerebro y no se olvidan jamás, no te la muestran a ti. Es el policía quien se la lleva a su casa cada día al finalizar su turno.

Nuestro país lleva cierto retraso en el establecimiento de esas zonas *no-go*, pero sí conocimos los asentamientos chabolistas de los años setenta y ochenta en casi todas las grandes capitales. Exceptuando a grupos históricamente rebeldes al acatamiento de normas, estos asentamientos se han ido eliminando, absorbidos por las urbanizaciones de extrarradio, pero la realidad es que esta integración duró más de dos décadas, y eso que aquel desbordamiento social estaba protagonizado por nuestros abuelos, emigrantes rurales. Eran personas con las que compartíamos lazos familiares, costumbres, creencias, códigos e idioma. Hoy el fenómeno se repite, pero con gente llegada de otros continentes, que no comparte nuestra cultura; en muchos casos, ni siquiera la respetan. No es una alianza de civilizaciones, es un choque. Disfrazarlo con palabrería no solucionará los problemas que ese impacto, mal gestionado, traerá consigo. Toda-

vía hay gente que no entiende que el islam no es solo una religión, sino un sistema político cuyo libro sagrado es la ley.

Si la emigración masiva del campo a la ciudad cambió por completo el contexto delincencial en España en los años setenta y ochenta, ¿cómo pretender que ese mismo proceso, pero con cientos de miles de personas llegadas de otros continentes, con culturas muy diferentes a la nuestra, no lo haga? Provocará un cambio multiplicado por diez o cien, dependiendo de la escala de llegadas.

El fenómeno del barrio antiguo que se depaupera y se convierte en una zona de confort criminal ha ido expandiéndose sin control. Son barrios en los que no puedes entrar sin que te roben, salvo si lo haces con un cometido concreto y permiso de la autoridad informal del lugar. O, algo muchísimo peor, son barrios de los que no puedes salir. Porque, aunque viviste tu infancia allí, y allí compraste tu primera vivienda y decidiste que era un buen lugar para tu familia, hoy te encuentras atrapado, rodeado de suciedad, ruido y miseria, y tu propiedad se ha devaluado tanto que nunca podrás venderla y obtener el montante necesario para irte a un lugar mejor.

Pero bajemos a la tierra. ¿Cómo es una zona *no-go*?

La experiencia de Josema como trabajador social en Francia o de Samuel, y su amistad con Pierre, pueden servirte de guía. Una vez más, tú decides si merece la pena arriesgarlo todo para evitar que te llamen racista, pero recuerda, no hay nadie más perjudicado por esto que los millones de inmigrantes que han llegado a nuestro país —a toda Europa— de manera legal a buscar un futuro mejor a través del esfuerzo y el trabajo duro. Esos, con los que convivimos a diario, amigos nuestros, serán los primeros señalados. No fue nunca una cuestión de raza o etnia, sino de arraigo y cultura. Cuando todo estalle a causa de la conducta de los inadaptados, de los que no desean convivir, el ingeniero argentino o la economista chilena que llegaron para compartir su talento, o el albañil ecuatoriano, la peluquera colombiana y el mecánico marroquí que vinieron para aportar su esfuerzo, serán los primeros señalados y acabarán metidos en el mismo saco que el que solo vino a reírse de nosotros y jodernos la vida. Lo hemos vivido demasiadas veces a través del tiempo. El mundo no es justo, nunca lo fue.

La historia de París o Marsella hoy es la misma historia que la de Afganistán o Irán en los años sesenta y setenta, pero con unas décadas de retraso. La historia de grupos de chicas jóvenes que disfrutaban de la libertad de los noventa, con sus largas melenas, sus minifaldas y sus botas hasta la rodilla, y acabaron sometidas bajo un pañuelo, obligadas a decir, además, que ponérselo había sido una opción voluntaria. Chicas que pasaron de ir a la discoteca con amigas a estar encerradas en sus casas, en barrios donde solo los hombres podían sentarse en la terraza de un bar para tomar algo; hombres con los que les concertaban matrimonios para construir hogares en los que la mujer no tiene voz ni voto, hombres que presumían de tener sexo esporádico con mujeres occidentales, a las que en sus charlas privadas trataban como a putas, con total desprecio.

También es la historia de barrios periféricos donde no trabajaba nadie, pero por cuyas calles circulaban a todas horas coches de alta gama, conducidos por jóvenes con cadenas de oro y Nike Jordan. Barrios que empezaron siendo pequeñas zonas *en las que no había nada que ver*, pero que terminaron siendo círculos de extrarradio rodeando a la gran urbe hasta dejarla sin respiración, como si de un asedio militar se tratara. Zonas que tienen sus propios códigos y sus propias leyes.

Guetos de argelinos que llaman a los negros «negros de mierda»; de negros que llaman a los chinos «chinos de mierda»; y en los que todos llaman a los blancos «infieles o blancos de mierda». Mientras, en las escuelas y en los medios de comunicación solo se señala al hombre blanco como racista y se le obliga a arrodillarse para redimir unos pecados que no cometió. Pecados que, en todo caso, pudieron cometer, o no, sus antepasados, al igual que los antepasados de todos los demás. Más de un millón de europeos fueron esclavizados por corsarios de la costa de Berbería (Marruecos, Argelia, Túnez y Libia) entre los siglos XVI y XIX. Los esclavistas eran piratas musulmanes, pero no vemos a ningún marroquí hoy arrodillándose y pidiendo perdón. Tampoco nadie se rasga las vestiduras e implora clemencia porque, en un momento de la historia reciente, hace poco menos de un siglo, miles de mujeres blancas vulnerables fueran extraídas de sus entornos de elevada pobreza por tratantes que las explotaron sexualmente y las distribuyeron por Asia y África. ¿O creías que la expresión *trata de blancas* era un eufemismo?

El futbolista del París Saint Germain Neymar, que fue uno de los deportistas que lideró el gesto de arrodillarse antes de cada partido para apoyar el lema del movimiento Black Lives Matter («La vida de los negros importa»), fue grabado por una cámara de televisión en mitad de un partido dirigiéndose al jugador del Olympique de Marsella Hiroki Sakai con la expresión: «Chino de mierda». Desgraciadamente, el racismo es universal.

Las invisibles cadenas del gueto

La disfuncionalidad y la rebeldía impostada ejercen un increíble magnetismo, sobre todo en los preadolescentes y jóvenes. Es muy fácil dejarse atrapar por la vida del gueto, máxime si tienes carencias afectivas, de filiación o pertenencia.¹ En el gueto existen fuertes lazos de comunidad y, una vez te integras en su microcosmos, los de allí son tus amigos para toda la vida. Obtendrás de ellos lo que te haga falta de una forma muy distinta al modo occidental de las relaciones. Si necesitas dinero, protección, alimento, amor... lo tendrás. El precio es muy alto. De ti se exigirá lo mismo. Darás protección, alimento, dinero y amor a los tuyos. Te sacrificarás, si es preciso. Si en ese proceso de identificación con el grupo intervienen elementos de radicalización religiosa y estos escalan, muchos jóvenes son incluso requeridos para el martirio. Pero esa es otra historia... aún más preocupante.

El gueto tiene ese inconmensurable poder de atracción. Proporciona todo a jóvenes que no tienen nada: seguridad, recursos materiales a los que jamás tendrían acceso y una vida de aparente ensueño que acabará convirtiéndose en pesadilla. Los guetos también atraen por coacción a jóvenes que ya estaban perfectamente integrados en la cultura autóctona. Un joven del extrarradio marsellés, perfectamente adaptado a la vida occidental, cuya intención es finalizar sus estudios para encontrar un buen trabajo y tener una vida plena formando una familia, ve de repente cómo

¹ Las crisis de fe o existenciales, la ansiedad social o la falta de redes de apoyo familiar son algunos de los factores que intervienen en los procesos de radicalización. También son aprovechados por elementos de subversión infiltrados en nuestra sociedad para llevar a cabo tareas de captación entre los jóvenes.

su barrio se transforma en gueto y empieza a tener problemas de socialización con los vecinos de su misma edad que solo se dedican a *trapichear*. Mientras que antes su única preocupación era la de aprobar exámenes y tener una infancia feliz, ahora tiene que caminar a diario entre miembros de bandas que le miran amenazantes y le dicen: «¿Dónde vas?, esa no es tu gente, nosotros somos tu gente... no puedes tener una novia cristiana, esas solo sirven para follar. Tú te tienes que casar con una de nuestras mujeres, una buena musulmana».

Es muy difícil aguantar esa presión a determinada edad. El joven acabará evitando el conflicto adhiriéndose a alguno de los grupos o bandas, adaptándose al nuevo escenario disfuncional como método de pura supervivencia en perjuicio de su vida anterior que, sin duda, era mucho más favorable para su futuro.

A pesar de que la experiencia nos avisa de estos peligros, los gobernantes en Europa han seguido apostando una vez tras otra por la concentración de personas sin arraigo y provenientes de una cultura muy diferente a la nuestra en espacios reducidos y compactos como método de integración. Grandes bloques de viviendas de protección oficial, barrios que se convierten en enclaves que hacen de microcosmos donde uno puede vivir casi sin entrar en contacto con la cultura occidental, tiendas *halal* en las que ningún distribuidor patrio tiene cabida, asociaciones subvencionadas donde solo se aceptan personas de una única raza o religión, etc. La dispersión obligaría al que llega a integrarse para seguir adelante, pero la concentración provoca lo contrario. El foráneo no necesita integrarse y, así, comienzan a fraguarse las sociedades paralelas, fuera de la ley. Nuestros brillantes líderes occidentales escogieron esta segunda opción.²

Este método ha fracasado una vez tras otra, pero a nuestras élites políticas les ha parecido siempre una buena idea porque alejaba a la mayoría de sus votantes del problema. No contaban con que sería el problema el que terminaría por acercarse al votante. El fenómeno ya se ha

² La dispersión también plantea problemas, pero pueden atenuarse con la acción policial para hacer cumplir la ley. Cuando no se aplica aparecen los problemas de convivencia vecinal. Si bien no se crean guetos, sí se produce la depauperación de los barrios tradicionales.

extendido tanto (democratización de la delincuencia), que es imposible no entrar en contacto con él. Antes el problema apenas te rozaba, ahora te escupe a la cara.

En España, faltaría más, también llevamos años copiando esta estrategia que no ha salido bien nunca en ningún sitio. No funcionó en Suecia, no funcionó en Francia, no funcionó en Inglaterra, pero va a funcionar aquí, y no se te ocurra decir lo contrario, racista de mierda. Cualquier gran ciudad española tiene hoy un «barrio moro» donde las carnicerías no venden carne de cerdo y en las terrazas de los bares no ves a una sola mujer. Cada vez se ven más chicas jóvenes con la cabeza tapada; incluso chicas occidentales guiadas por el distorsionado discurso de la multiculturalidad, que inician relaciones con chicos musulmanes y acaban por usar hiyab, después de pasar veinte años en nuestro sistema educativo escuchando lecciones sobre feminismo, igualdad y valores democráticos. La incompetencia, la cobardía y la miseria moral de los políticos a los que votas han traído el problema a la puerta de tu casa. La tuya, porque la de ellos, recuerda, está permanentemente vigilada. Hemos sido tolerantes con la intolerancia, e implacables con la cultura más tolerante y libre que ha conocido la humanidad, la nuestra.

La degradación es el preludeo

Los abuelos y padres de los protagonistas de la historia de esos chicos y chicas francesas de la que os hablábamos tuvieron la difícil tarea de llegar a un país extranjero sin nada y salir adelante con sacrificio. Francia, como Bélgica, Suecia, Alemania o Dinamarca, decidió introducir la política del subsidio y la inercia hizo el resto. Viviendas gratis o a bajo coste, que se encargaron de convertir en vertederos y nidos de venta de droga, y un gigantesco gasto en servicios públicos que despreciaban y malempleaban. Un parque se convertía en un desguace; una fuente se convertía en un lavadero público. Las funcionarias terminaron por negarse a acudir a sus puestos en los barrios por las continuas vejaciones a las que eran sometidas. Las empresas de reparto y paquetería cancelaron sus rutas y establecieron otras alternativas con kilométricos rodeos para no aproximarse a

estas zonas en las que su mercancía desaparecía, sus vehículos se desguazaban y sus trabajadores resultaban gravemente lesionados. A esto, los políticos franceses lo llamaron multiculturalidad.

Mientras tanto, las unidades de policía que al principio acudían raudas a los requerimientos se cansaron de ser recibidas a pedradas, conocedoras de que, en el Elíseo, los políticos observaban los *banlieues*³ con la única preocupación de que en ellos no estallara la chispa de la revolución por causas raciales. La seguridad de la ciudad o la de los policías no importaba nada. Solo pensaban en el sillón, la reelección y en que ninguna acusación de racismo o xenofobia enturbiara su foto mediática. La tragedia se cocía a fuego lento.

Los malos cada vez más fuertes e impunes, los buenos cada vez más desmotivados y abandonados. El escenario perfecto y de difícil retorno donde se supera la línea azul del orden. Detrás, solo ruinas. Como ya hemos dicho, no hay escenarios intermedios entre el orden y el caos; una vez superada la barrera de autoridad solo queda el desastre. El orden no es perfecto, siempre habrá maldad y malvados cometiendo fechorías, pero fuera de él, tienes más posibilidades de que tu vida o tu hacienda sean los siguientes.

Los comandantes cuyo amor propio y orgullo profesional superaban al ansia de medrar dentro del cuerpo veían sus carreras constantemente superadas por las de sus elegantes compañeros que hacía ya mucho tiempo que solo *pisaban moqueta*. Los capitanes, inspectores y policías de base dejaron de creer en el modelo y se dieron cuenta de lo que hoy sabemos todos: cuanto más pones, más pierdes; y enfrentarse al sistema tiene un altísimo coste. Trabajar en ciertas zonas suponía no solo jugarse la vida, sino el empleo, el sueldo, la inhabilitación o la cárcel, a nada que cualquiera te acusara de racismo o violencia policial. Nadie estaría allí para ayudarte. Toda la cadena de mando se esfumaría amparada en la excusa del procedimiento administrativo para aclarar los hechos. «Se llegará hasta el fondo del asunto, no vamos a tolerar comportamientos propios de otra época en nuestros cuerpos policiales...». Mientras tanto, tu miseria la viviréis tú, tu esposa y tus hijos.

³ Suburbios o barrios de extrarradio.

Policías como Pierre avisaron de esto a finales de los noventa a las autoridades francesas. Nadie les hizo caso. Hoy somos nosotros los que avisamos. Nadie nos hace caso.

Mucho antes de que el asunto de los guetos llegara a oídos de la presidencia de Francia, ya era un problema conocido por los ayuntamientos desde los años setenta, porque sus policías locales, como habitualmente pasa en la delincuencia de proximidad, lo habían detectado. Comenzaban a producirse pequeños robos, primero al descuido y luego con violencia, después agresiones sexuales, por primera vez de forma grupal, casi superando a las perpetradas por un solo individuo, concentración de hechos delictivos en determinadas zonas y horarios y, al final, espacios urbanos enteros por los que no era seguro transitar. La delincuencia se empezaba a democratizar.

Este es el escenario actual en España. La delincuencia comienza a democratizarse, lo que significa que cada vez son más los individuos que se comportan fuera de las normas básicas de buena conducta y, por tanto, son cada vez más los que se inician en la delincuencia. También se incrementan los escenarios en los que una persona tiene la posibilidad de ser víctima de un delito. Hay menos espacios seguros. Por eso creemos importante que sepas qué viene después, para que cuando vuelvas a votar, ningún político pueda engañarte diciendo: «Tranquilo, eso no va a pasar aquí, somos uno de los países más seguros de Europa, lo dicen las estadísticas».

La magia progresista

Pero volvamos a Francia. En las primeras detenciones el elemento común era la procedencia de los delincuentes: jóvenes, entre catorce y veintidós años, de origen magrebí. Cuando se trabajaba en la resolución de los casos, todas las pistas conducían a determinados barrios y negocios; las primeras intervenciones operativas de entrada y registro para encontrar efectos robados o drogas concluyeron en algún *grand ensemble*⁴ del extrarradio.

⁴ Inmueble de gran tamaño dispuesto para alojar numerosas viviendas, de tipología muy similar. Se caracterizan por su funcionalidad despersonalizada, carente de elementos decorativos o servicios comunitarios (piscina, zonas verdes...).